

Emperador quiso que le explicasen en su lengua el nombre, clase y oficio de cada uno, lo qual fue muy difícil de hacer al secretario que lo escribia, pues tratando de designar la clase del Duque de Bedford, que está representado en la estampa como muy joven, tuve que dictar al chino el título de *Ta-gin*, que significa *grande hombre de segunda clase*, y tambien le indiqué como era legislador ó miembro del Parlamento: rieronse todos al ver que un hombre nacia legislador, siendo asi que entre ellos se necesitaban muchos años de estudios muy rigurosos para sufrir el exâmen que debe de preceder á la opcion de qualquiera empleo público; y en quanto al título de *Ta-gin*, me dixerón si yo creía que su Emperador tuviese tan poco talento que no conociese que es casi imposible que un muchacho llegue á la clase de *Gran Hombre*.

Las mugeres de Europa no tienen motivo de envidiar la suerte de las de aquel pais. Allí una muger no se atreve ni á comer á la misma mesa que su esposo, ni aun á sentarse en el quarto donde él esté. Los hijos varones son separados de sus hermanas desde la edad de nueve años; y por este camino se les hace perder aquel recíproco afecto que despues fomentan las relaciones y la costumbre. Siempre se observa entre los individuos de una familia una conducta ceremoniosa y fria: cada uno vive para sí y aparte, de modo que lejos de reunirse como entre nosotros toda la familia á comunicarse por las noches los sucesos del dia, pasan aquellas



en el mas fastidioso silencio. Los niños se reúnen en la escuela ; pero su educacion siempre ceremoniosa , les dá cierto ayre de encogimiento aun hasta en sus mismos juegos , y les hace perder la actividad propia de aquellos años. Un joven chino de la primera nobleza está como flojo , perezoso , ocupado en vanas formalidades y afectando la gravedad de una edad superior á la suya.

Las mugeres no tienen otro recurso que fumar , para pasar de algun modo el tiempo , que las es una carga insoportable ; y asi es que desde la edad de ocho ó nueve años llevan siempre consigo una bolsita con la pipa y el tabaco. Algunas de ellas se ocupan en bordar telas de seda , ó en pintar sobre gasa páxaros , insectos y flores ; pero esto no es entre las primeras clases , pues habiendo yo preguntado á un empleado en Palacio si su esposa le habia bordado el vestido que llevaba , le ví como resentido de que se pudiese sospechar que su muger se abatia á manejar la aguja.

Ya se sabe que en la China los padres tienen sobre los hijos el poder mas ilimitado , hasta venderlos por esclavos ; y no es muy raro en aquel pais ver usar esta facultad por pobreza ó por capricho de los padres. En quanto á las hijas se puede decir que siempre son vendidas , pues el esposo tiene que comprar la esposa pagando por ella una cierta cantidad á sus padres. Jamás se consulta el gusto de la interesada , y siempre vá á poder de quien dá mas por ella , sin que la vea ni la conozca el que la compra,



hasta que se la llevan á su casa con mucho aparato. Sin embargo si al abrir la puerta de la silla en que vá la dama, se disgusta el novio del tratado, tiene la libertad de volverla á enviar á casa de sus padres, perdiendo lo que dió por ella, y añadiendo una recompensa, que nunca puede exceder de la primera cantidad. Asi los chinos se casan por cumplir con la ley y con la costumbre, sin que el corazon tenga parte en semejantes uniones.

Aunque la poligamia está permitida en aquel pais, sin embargo este es un mal que se cura por sí mismo; la mayor parte del pueblo apenas puede mantener los hijos de una muger, y así no piensan en buscarse otras. Por otra parte en un pais donde todos se casan, era preciso que no hubiese suficientes mugeres si fuese muy comun el tener mas de una, pues es un disparate pensar, que como dice un autor, nazcan en la China menos hombres que mugeres. Solo los muy ricos son los que tienen seis ó siete mugeres.

Como se miran con indiferencia los dos sexos, á consecuencia de lo poco que se tratan, es muy raro el adulterio; pero si esto sucede, el marido obtiene facilmente el permiso de vender á su esposa, para recobrar una parte del dinero que dió por ella. Esto mismo sucede en caso de que ella huya de su casa, bien que si se trata de la gente de cierta clase, sus pies no las permiten huir de ninguna parte. Igualmente es vendida la muger que se dexa seducir antes de casarse.

En cada familia se vé un tirano en el prin-



cial de ella, y unos esclavos en los demás: ya hemos dicho que pocas ó ninguna vez se reúnen á conversacion: y luego que el chino ha concluido sus negocios se retira á su quarto. Allí no se conversa sobre las noticias del día, y aunque es cierto que hay algunas casas públicas donde van á tomar thé ó á beber el *Seautchou* (aguardiente de arroz), es únicamente á esto á lo que concurren los chinos, y no á buscar la sociedad. La embriaguez es tan rara en el imperio, que jamas me acuerdo de haber visto un exemplo de ella; pero no sucede esto en Canton, donde el exemplo de los europeos hace olvidar á los chinos su natural caracter. El opio es género de contrabando, así es que se vende muy caro; y por lo mismo solo le usan los que son bastante ricos para mantener este vicio. El Gobernador de Canton hizo últimamente una proclama, en la que despues de haber descrito los perniciosos efectos del opio, añade. — “Asi es como los extranjeros valiéndose de una substancia vil y excrementicia, sacan de este imperio provechos y ventajas sólidas. Pero que nuestros compatriotas se entreguen ciegamente á este vicio destructor y pérfido, hasta el punto de acarrear la muerte, sin que nada consiga desengañarlos, es una cosa no menos odiosa que deplorable.” — Sin embargo el Gobernador de Canton no dexa de tomar cada día con mucha gravedad su dosis ordinaria de opio.

Los jóvenes no tienen bayles, ni otros ejercicios que puedan disipar la tristeza y el abati-



miento que resulta de una vida solitaria y laboriosa. Tampoco tienen ningun dia de descanso: sus actos de devocion son tan solitarios como el resto de su vida, pues ninguna de las sectas que hay en aquel pais tiene culto público que dé motivo á que los de una misma religion se reunan en el templo en dia determinado.

El primer dia del año y algunos dias siguientes son las únicas fiestas que están concedidas á la parte laboriosa de la nacion. Entonces es quando aun los mas pobres procuran hacerse vestidos nuevos á sí y á sus familias. Todos se visitan mutuamente, y hacen ostentacion de sus prolijos cumplimientos, y recíprocamente dan y reciben regalos. Los ricos suelen celebrar algunos convites; pero en ellos no reyna la amistad ni la alegría. Por lo comun se sirve á cada convidado en una mesa separada, aunque á veces comen quatro en una misma, pero nunca pasa de este número. Cada convidado tiene que estar mirando continuamente al que dá el convite, para no comer ni beber sino quando él, pues un chino bien educado no come ni bebe sin observar alguna ceremonia, y todos reparan en el modo con que desempeña esta obligacion. Si alguno de los convidados no puede concurrir por enfermedad ó precisa ocupacion, envian á su casa los platos que le estaban destinados, lo qual dá á conocer la poca idea que allí se tiene del placer que se disfruta en nuestros convites. Igualmente se envia á casa de los convidados los restos de su comida, como si el apetito de un sugeto



dependiese del empleo que tiene : siempre que en el curso de nuestro viage nos sucedió esto, notamos que la parte que enviaban al Embaxador era por lo menos cinco veces mayor que la de todos los de la comitiva.

Qualquiera que sea el motivo porque se reunen los ociosos , nunca se separan sin jugar á algun juego de suerte : es raro que un chino salga á la calle sin llevar en el bolsillo naypes ó dados. Sus naypes son muy diferentes de los nuestros , y sus juegos mucho mas complicados. Si por desgracia ninguno de los que se hallan reunidos lleva naypes ni dados , salen del apuro jugando con los dedos al juego *Tsoi-moi* (la morra), á que es muy aficionado el baxo pueblo. Se puede decir que el juego es la pasion dominante de los chinos , y tanto que á veces llegan hasta el extremo de jugar sus hijos y mugeres , lo qual es facil de creer , pues en un pais donde el padre tiene autoridad para venderlos, no es de extrañar que se arriesgue á perderlos por un golpe de la suerte. Tambien gustan mucho de la riña de gallos , y aun enseñan á los insectos á pelear ; y hace poco se ha descubierto una especie de grillos ó langostas que se acometen con tal furor , que no dexan la presa sin llevarse algun miembro de su contrario.

Los misioneros han pintado como un rasgo de amor paternal , mas que como un castigo, la práctica tan comun de azotar con un *bambu*; pero nosotros tuvimos ocasion de ver que es un castigo cruel que se impone segun el capricho de los que mandan , como se verá en el caso



siguiente. Al baxar el rio Pei-ho, quando volvíamos de Pekin, hallamos el agua mas baxa que quando ibamos, de modo que una noche tocó en tierra una de nuestras barcas y quedó barada. El ayre era sumamente frio, y los infelices que componian la tripulacion de aquella barca trabajaron hasta el dia en sacarla de allí, y pasaron la noche metidos en el agua y en un trabajo penosísimo. El resto de la flotilla siguió su camino; pero el oficial que la mandaba perdió la paciencia y mandó á sus soldados que azotasen al capitan y á toda la tripulacion de la barca que se habia quedado atrás, lo que fue executado con la mayor impiedad. Esta fue la única recompensa que sacaron aquellos infelices por el alquiler de sus barquichuelos, por el tiempo que habian perdido, y por el trabajo de dos dias enteros.

Si tan crueles son los superiores para con los inferiores, no son mas piadosos unos con otros los iguales. Un obrero empleado en la factoria de Macao, cayó desde una pared, y recibió en la cabeza un golpe tan terrible, que todos creyeron que era mortal. Inmediatamente sus compañeros le cogieron y le sacaron fuera de la ciudad. Un médico que iba en la comitiva del Embaxador, los encontró y preguntandoles qué iban á hacer con aquel pobre enfermo, respondieron con bastante frialdad que iban á enterrarle. El les manifestó quanto le admiraba que tratasen de dar sepultura á un hombre que todavia respiraba; pero ellos respondieron que segun su opinion no podia curar, y que



si le llevaban á su casa no sería sino para ocasionar penas y gastos á sus amigos todo el tiempo que estuviese sin poder ganar por sí mismo su sustento. El médico tomó á su cargo el curarlo, y lo hizo con tanta felicidad, que le volvió á su familia enteramente sano. Sin embargo el Doctor no dudaba del riesgo á que se exponia con este acto de humanidad, pues hay una ley muy extraña, por la qual está condenado á muerte qualquiera que se encarga de curar á un herido y no lo consigue. Para evitar este castigo es preciso que el que se encargó de su curacion pruebe con las mayores formalidades el modo con que fue hecha la herida, y que el herido sobrevivió á ella por lo menos quarenta dias. Esta ley hace que los heridos no tengan ningun auxilio, pues nadie quiere exponerse á curarlos con peligro de incurrir en una pena tan severa como injusta.

No ha mucho tiempo que se vió en Canton uno de los funestos efectos de esta ley. Hubo un incendio en uno de los arrabales, y tres chinos de los que fueron á apagarle, quedaron gravemente heridos entre los escombros de una casa que se arruinó. El cirujano de la factoría inglesa los hizo llevar á ella, y se disponia á hacer una amputacion á uno de aquellos infelices, creyendo que este era el unico medio de salvarle la vida, quando entró un comerciante inglés, que informado de lo que pasaba, vino á suplicarle que no intentase la operacion, y que á toda priesa hiciese salir de la factoría á los tres heridos, pues si alguno de ellos moria